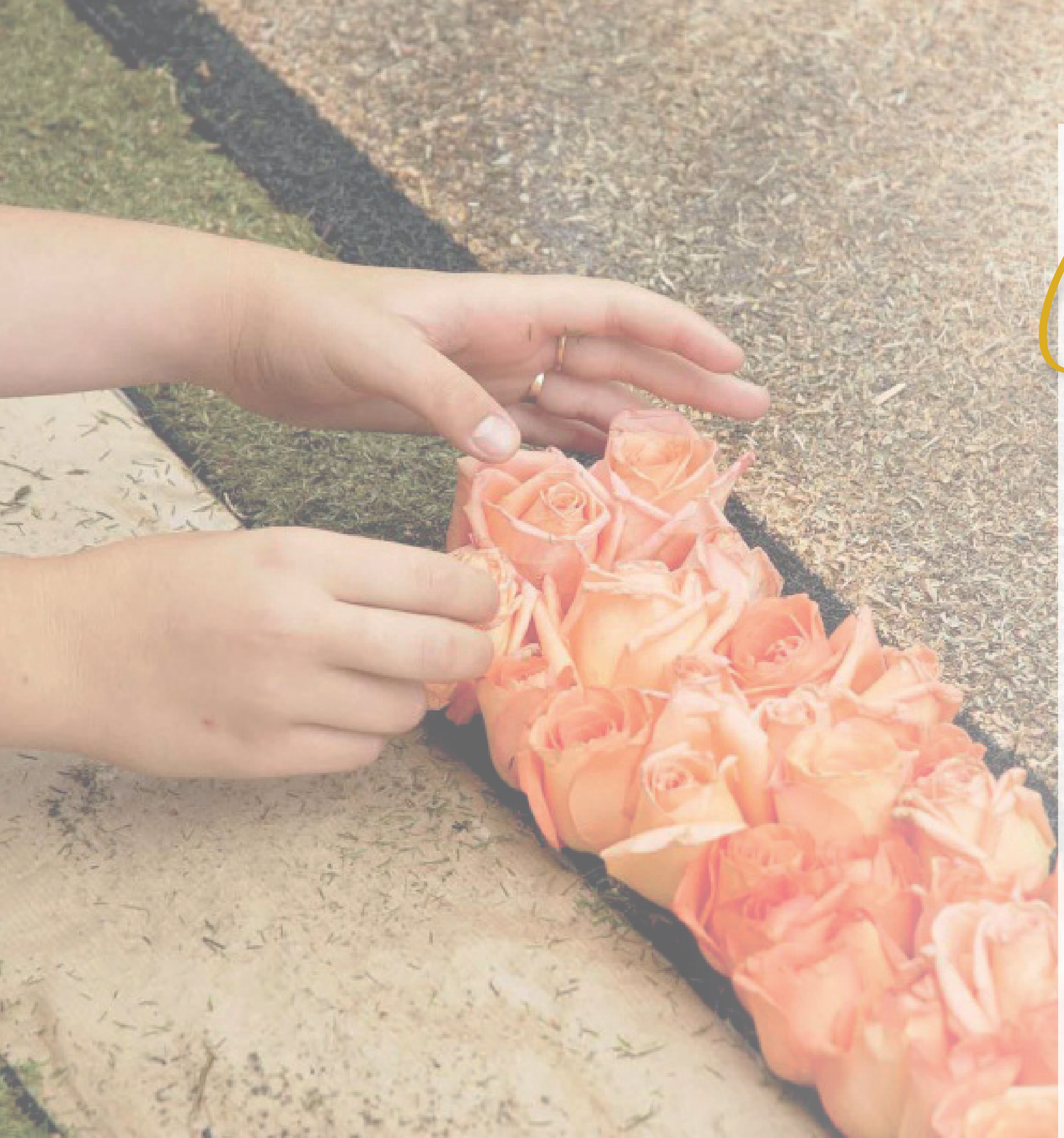
Cuaderno de *notas*

San Cristóbal de La Laguna

CORPUS CHRISTI



Con la compilación de textos e imágenes que se recogen en esta publicación intentaremos, nada más y nada menos, que quien dedique tiempo a su lectura pueda:

- Aproximarse al origen y sentido de la festividad del CORPUS CHRISTI, fiesta de fe y alabanza para la comunidad cristiana;

- Comprender el arraigo de esta celebración en el sentir de los habitantes de San Cristóbal de La Laguna;

- Conocer, someramente, la evolución histórica de esta celebración en los quinientos y pico años de historia conjunta;

- Y quizá despertemos su interés por conocer más, o incluso por realizar una alfombra.

Aquellos tapizados iniciales con ramas, plantas aromáticas y flores silvestres que desde los primeros años del siglo XVI ya cubrían las incipientes calles de La Laguna por las que transcurría la procesión del Santísimo Sacramento, en 1907 se transforman en alfombras de flores, al estilo de las que ya se realizaban en la villa de La Orotava.

Alfombras realizadas por las manos de los habitantes de esta ciudad de Aguere, de La laguna; manos que logran convertir las calles en mosaicos de singular y efímera belleza, en expresión de fe. Alfombras cuyos materiales logran cambiar el color de la ciudad, incluso logran impregnarla de olor a brezo, retama.

En los últimos años los comentarios sobre la elaboración de las alfombras en nuestra ciudad se centran en valoraciones negativas. Son muchas las voces que hablan de pérdida de su esplendor, que la sustitución de las flores y otros materiales vegetales han conllevado una menor calidad, o al menos una menor vistosidad.

No es este el lugar, ni nos compete valorar ni opinar, como tampoco encontrar justificaciones en las que escudarnos y darlo todo por perdido.

Lo que si podemos, y debemos hacer, es facilitar que las nuevas generaciones conozcan las tradiciones de la ciudad de Aguere, de La Laguna, y de sus habitantes, y transmitírselas como han hecho con nosotros; que las hagan suyas, que las respeten, que las vivan.

Solemnidad de Corpus Christi

LA PRESENCIA DE JESÚS EN LA EUCARISTÍA

JUAN PEDRO RIVERO GONZÁLEZ
Deán de la Santa Iglesia Catedral

Los cristianos intentamos leer siempre los evangelios con atención e interés, especialmente lo que hizo y dijo Jesús en la última cena con sus discípulos antes de padecer y morir. “Mientras comían, Jesús tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, diciendo: «Tomad, esto es mi cuerpo.» Cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio, y todos bebieron. Y les dijo: «Ésta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos. Os aseguro que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el reino de Dios.» Después de cantar el salmo, salieron para el monte de los Olivos”. (Mc 14, 22-26)

En la versión del evangelista Lucas, la descripción concluye con un mandato: “Hace esto en memoria mía” (Lc 22, 19). San Pablo nos regala la institución de la Eucaristía introduciéndola en una tradición recibida y que se transmite, como si fuera la memoria de un tesoro. “Por lo que a mí toca, os he transmitido una tradición que yo recibí del Señor; a saber: que Jesús, el Señor, la noche misma en que iba a ser entregado, tomó pan, dio gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo que entrego por vosotros; haced esto en memoria de mí». Después de cenar, tomó igualmente la copa y dijo: «Esta copa es la nueva alianza sellada con mi sangre; cada vez que bebáis de ella, hacedlo en memoria de mí»”. (1 Cor 11, 23-33)

Toda la liturgia católica, desde siempre, ha centrado la celebración y el culto en torno a la Eucaristía, a la Misa, a la “Sagrada Liturgia” como la llama la Iglesia de Oriente. Es el tesoro de la Iglesia. Saber que podemos actualizar la Pascua del Señor, y que podemos entrar en comunión con Él en cualquier tiempo y lugar, es lo más grande que tiene la Iglesia y que le ha sido confiado por Cristo. La Eucaristía es centro, cumbre y fuente de la vida de fe.

Durante el primer milenio la liturgia celebrada por las casas, o en aquellas primeras basílicas, en los monasterios, o en las grandes catedrales, en las iglesias rurales, siempre se centraba en la celebración de la Eucaristía. El Año litúrgico se fue restructurando en torno a las fiestas de Cristo, de María o de los Santos, pero siempre en relación con la celebración de la Misa.

Siempre se conservó la Eucaristía en lugares seguros para llevarla a los enfermos que no podían acudir a las celebraciones o para su última comunión o viático antes de su muerte. Ese lugar, ese Sagrario, poco a poco se fue convirtiendo en lugar de oración, de adoración de la presencia real de Cristo.

Veamos cómo surgió la Solemnidad del Corpus Christi. El año 1124, un obispo belga, Mons. Albero, fundó un monasterio: La Abadía de Cornillón. Desde allí fue desarrollándose un movimiento eucarístico especial que dio origen a varias costumbres eucarísticas, como por ejemplo la Exposición y Bendición con el Santísimo Sacramento, el uso de las campanillas durante la elevación en la Misa y, sobre todo, la fiesta del Corpus Christi. Ya conocemos el lugar. Veamos ahora a un personaje especial. Porque las grandes iniciativas tienen detrás a personas concretas.

Sor Juliana de Mont Cornillón, fue una de las prioras de la Abadía. Había nacido en Retines, cerca de Liège, en 1193, y se quedó huérfana muy pequeña. Fue educada por las religiosas de Mont Cornillón.

En su desgracia descubriría su vocación. Profesó como religiosa en la Abadía de la que llegaría a ser superiora. Murió el 5 de abril de 1258. Desde joven, Santa Juliana tuvo una gran veneración al Santísimo Sacramento. Anhelaba que se tuviera una fiesta especial en su honor. Cuentan que en una visión que tuvo de la Iglesia, esta era como una luna llena incompleta, con una mancha, como si a la belleza de la liturgia le faltara una solemnidad. Juliana comunicó estas visiones a muchas personas que podían llevar adelante esta propuesta. Se lo dijo a su Obispo Mons. Roberto de Thorete; más tarde se lo diría hasta al Cardenal legado de los Países Bajos. Entre las personas con quien compartió esta inquietud estaba Jacques Pantaleón, en ese tiempo archidiácono de Lieja, y más tarde Papa Urbano IV.

El Obispo Roberto de Thorete y el papa Urbano IV fueron figuras providenciales. El obispo Roberto se impresionó favorablemente y, como en ese tiempo los obispos tenían el derecho de ordenar fiestas para sus diócesis, convocó un sínodo en 1246 y ordenó que la celebración se tuviera el año entrante; al mismo tiempo el Papa ordenó, que un monje de nombre Juan escribiera el oficio para esa ocasión. Aunque Mons. Roberto no vivió para ver la realización de su decreto, pues murió el 16 de octubre de 1246, la fiesta se celebró por primera vez al año siguiente, el jueves posterior a la fiesta de la Santísima Trinidad.

Esto hay que añadir el milagro de Bolsena. El Papa Urbano IV, por aquél entonces, tenía la corte en Orvieto, un poco al norte de Roma. Muy cerca de esta localidad se encuentra Bolsena, donde en 1263 o 1264 se produjo el Milagro de Bolsena: un sacerdote que celebraba la Santa Misa tuvo dudas de que la Consagración fuera algo real. Al momento de partir la Sagrada Forma, vio salir de ella sangre de la que se fue empapando en seguida el corporal. La venerada reliquia fue llevada en procesión a Orvieto el 19 junio de 1264. El Santo Padre movido por el prodigio, y a petición de varios obispos, hace que se extienda la fiesta del Corpus Christi a toda la Iglesia por medio de la bula “Transiturus” del 8 septiembre del mismo año, fijándola para el jueves después de la octava de Pentecostés.

Según algunos biógrafos, el Papa Urbano IV encargó el Oficio del Corpus a dos teólogos: a San Buenaventura y a Santo Tomás de Aquino. Cuentan que, cuando el Pontífice comenzó a leer en voz alta el oficio hecho por Santo Tomás, San Buenaventura fue rompiendo el suyo en pedazos. La muerte del Papa Urbano IV (el 2 de octubre de 1264), un poco después de la publicación del decreto, obstaculizó que se difundiera la fiesta. Pero el Papa Clemente V tomó el asunto en sus manos y, en el Concilio general de Viena (1311), ordenó una vez más la adopción de esta fiesta. En 1317 se promulga una recopilación de leyes -por Juan XXII- y así se extiende la fiesta a toda la Iglesia.

Ninguno de los decretos habla de la procesión con el Santísimo como un aspecto de la celebración. Sin embargo, estas procesiones fueron dotadas de indulgencias por los Papas Martín V y Eugenio IV, y se hicieron bastante comunes a partir del siglo XIV. En la Iglesia griega la fiesta de Corpus Christi es conocida en los calendarios de los sirios, armenios, coptos, melquitas y los rutinios de Galicia, Calabria y Sicilia.

Finalmente, el Concilio de Trento declara que muy piadosa y religiosamente fue introducida en la Iglesia de Dios la costumbre, que todos los años, determinado día festivo, se celebre este excelso y venerable sacramento con singular veneración y solemnidad; y reverente y honoríficamente sea llevado en procesión por las calles y lugares públicos. En esto los cristianos atestiguan su gratitud y recuerdo por tan inefable y verdaderamente divino beneficio, por el que se hace nuevamente presente la victoria y triunfo de la muerte y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

Así fue cómo la certeza de la presencia de Cristo en la Eucaristía pasó de ser reconocida y celebrada, a procesionada y adorada en manifestaciones públicas y en las calles. Así fue como del silencio del interior de un Sagrario, pasó a manifestarse en extraordinarias custodias y manifestadores, andas procesionales, etc., que han quedado como huellas de interés artístico en nuestros templos. Así fue cómo nacen los palios, las calles cubiertas o alfombradas para el paso de Jesús en la Eucaristía. Así fue cómo una manifestación de piedad popularizada se convirtió en Liturgia católica.

Cuando decimos Corpus Christi, decimos Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Si en la Semana Santa procesionamos imágenes de Pasión, en la Solemnidad del Corpus Christi procesionamos la presencia de Cristo por nuestras calles, haciéndonos conscientes de su promesa: “Yo estaré con vosotros, todos los días, hasta el final de los tiempos” (Mt 28, 16).

El Corpus Christi, la primera festividad

EN SAN CRISTÓBAL DE LA LAGUNA

El Corpus Christi fue la primera festividad que se celebró en La Laguna justamente en la primavera de 1946, como recoge Rodríguez Moure[1], quien además hace una descripción idílica del valle de Aguere *"Aire puro; ambiente fresco; bosque frondoso de variados tonos de verdura, matizado por el fruto del madroño y el mocán; lago de aguas cristalinas, sombreado en parte por la espesura del monte, y al que alimentaban las pequeñas fuentes que en hilillos de plata bordeaban las montañas: aprisionado todo por una cordillera tapizada de enjuncias, maljuradas y otras· flores silvestres y coronando el paisaje la majestuosa figura del Teide, en cuyas nieves los rayos del sol reverberan, esparciendo destellos que inundan de luz nuestros campos, los fértiles campos de Nivaria, siempre alegres y risueños"*.

Aunque de forma solemne, la celebración del primer Corpus Christi en La Laguna tuvo lugar en un sencillo altar cubierto por una construcción improvisada, en el mismo lugar donde posteriormente se llevó a cabo la primera edificación de la Iglesia de la Concepción[2]. Por tanto hablar de Corpus en La Laguna es remontarse a los orígenes de la propia ciudad.

Se conserva en el Tesoro de la Iglesia de Nuestra Señora de la Concepción una custodia de Madera policromada y estofada, la que según la tradición sería con la que se celebró el primer Corpus Lagunero, y de la que Rodríguez Moure señala pueda tener más valor –al menos histórico- que otras alhajas[3] . Destaca por su sencillez de formas y materiales, frente a otras custodias posteriores elaboradas en plata u oro.

Tan solo once años después de esa primera y sencilla celebración de la fiesta Corpus Christi, en 1507, el Cabildo o Consejo (organismo que tenía por jurisdicción territorial la propia isla, y funcionando por tanto esta como un solo municipio) ordena *".... Que todos los oficiales de qualquier oficios que sean de toda esta dicha ysla el día de Corpus Christi salgan hendo procisyón en esta villa de Sant Christóval en la procesyón que de la dicha fiesta se hiziere, con sus oficios, segund que en Sevilla se acostunbra haser; y que todos los oficios contribuyan para la fiesta"*[4]. Destaca de la ordenanza, el intento de seguir el modelo de la festividad que se celebraba en Sevilla en la época y de implicar a los gremios en la celebración.

El papa Urbano IV instituyó la Festividad del Corpus Christi en 1264 mediante la bula "TRANSITURUS DE HOC MUNDO" en la que indicaba la forma de preparar y celebrarla: *"… que los labios y los corazones se llenen de santa alegría; cante la fe, tremole la esperanza, exulte la caridad; palpite la devoción, exulte la pureza; que los corazones sean sinceros; que todos se unan con ánimo diligente y pronta voluntad"*. Esa llamada a la alegría del Papa se materializó en el carácter festivo de la celebración, concretado no solo en la magnificencia de la procesión, y en el adorno y acicalamiento de las calles por donde transcurría o en su acompañamiento de danzas e instrumentos musicales, junto representaciones de la lucha entre el bien y el mal; sino en un amplio número de actividades lúdicas que fue variando con los tiempos y los lugares (Comedias, fuegos artificiales, toros,…)

Para engalanar los recorridos procesionales se comenzaron cubrir o tapizar las calles con ramas, plantas aromáticas, juncias y pétalos de flores, o cubrirlas con toldos o enramadas para dar sombra, etc.

Y en La Laguna se recogió esa tradición que el Cabildo plasmó en sus ordenanzas: *"…y los vecinos de calle, por do pase la procesión, tengan barridas y rregadas sus pertenencias y entapizadas, y enramadas y con perfumes, y las partes do no ubiera vecino sean obligados los mas cercanos a lo menos a barrer, y regar,…"*

Ya en la segunda parte del siglo XVIII la ilustración, unida a la escasez de recursos, hacen que se vayan perdiendo o eliminando los añadidos a la procesión, así como poco a poco los actos festivos. A pesar de todo esto, la procesión del Corpus Christi continuaba congregando un gran número de habitantes de toda la isla.

Llegado el siglo XX todavía se realizaban las dos procesiones del Corpus Christi, la de la Catedral que tenía lugar el Jueves –día principal- y la de la Parroquia de la Concepción el Domingo. En ambas procesiones se mantenía la tradición de tapizar sus trayectos con ramas y flores, así como colocar colgaduras en ventanas y balcones.

Son las obras de construcción de la Catedral y el previo derribo del edificio anterior de la Parroquia de los Remedios, las que logran que en 1905, se unifique en una sola procesión del Corpus Christi en La Laguna. Dos años más tarde, se modifica el horario de la procesión desde la mañana a la tarde siguiendo el ejemplo de la octava del Corpus de la Villa de La Orotava, con ello se facilitaba que en La Laguna se pudieran realizar tapices de flores como venía realizándose en La Orotava.

Fue en el Corpus Christi de 1907 cuando se realizaron las primeras alfombras de flores en La Laguna, superando la tradición de colocar ramas, brezo y otros en el trayecto procesional. Se atribuye a Luis Marrero, el sacristán de la Concepción, el ser impulsor en la ciudad de La Laguna de las alfombras de flores, realizó la primera alfombra del recorrido con la colaboración de los Señores Martín Mirabal y Rojas.

DIARIO DE TENERIFE
31/5/1907

… la procesión del Corpus tuvo ayer además de la novedad del horario de tarde, la de varias alfombras de flores que se hicieron en distintos puntos de la calle Carrera y en casi toda a de San Agustín. Había algunas realmente preciosas y muy artísticas, especialmente las formadas por los Sres. D. Manuel Santos, D.Leoncio de Buergo, Sr. Tarife, D. Pedro Maffiote, La Cruz Roja, Sras. De Nava, Hoteles Tenerife y Aguere, y otras.

[1] Rodríguez Moure, J. (1935) Guía Histórica de La Laguna. P.15.
[2] Cioranescu, A. (1965) La Laguna. Guía Histórica y Monumenal. P. 13.
[3] Rodríguez Moure, J (1915) Historia de la Parroquia Matriz de Ntra. Sra. de la Concepción. P. 223
[4] Fontes Rerum Canarium, IV. La Laguna. 1949. P. 179.

La Solemnidad de unas fiestas hace 200 años

Descripción que J. Rodríguez Moure hace de las fiestas del Corpus del año 1817 en tres capítulos de su novela El Ovillo o el Novelo.

Se ha extraído la descripción literal del texto, eliminando los personajes de la novela.

La fiesta del Corpus en 1817

En este año celebrábase la festividad del Stmo. Corpus Christi a 5 de Junio, y desde el Domingo de Pentecostés, 25 de Mayo, habíase fijado por la Justicia Civil el acostumbrado bando, al toque de los clarines del Cabildo y Regimiento y de la voz del Pregonero.

En dicho bando, además de decirse que las fiestas se celebrarían en la Parroquia de Ntra. Sra. de la Concepción, por ser año impar y corresponderle, según la concordia aprobada por el Señor Emperador Carlos V, confirmada por el Señor Felipe V, ordenábase la concurrencia de los gremios con sus respectivos pendones, el enjalbeado de las casas de las calles reales, el barrio por los vecinos de los tramos de testera correspondientes a sus casas etc.

Ygual prevención habíase tomado por parte de la Autoridad Eclesiástica, la cual, ejercida por D. José Ramos, Canónigo de Canarias, en Calidad de Vicario, por los notarios de la Curia había hecho fijar su edicto en todas las Iglesias de la Ciudad, citando para la procesión solemne a todo el Clero estante y transeúnte, comunidades de frailes, hermandades y cofradías.

Conforme las ordenanzas de la Isla correspondíale al Gremio de labradores, del cual en dicho año era Alcande y Hermano Mayor Domingo Díaz, la corta y traída de los montes, del follaje y el enrame y adorno de las calles de la carrera procesional; y al efecto, con el viejo Cureña citó a todos los labradores para que concurrieran el lunes de la Pascua del Espíritu Santo, Patrono del Gremio, y a la junta que el mismo celebraba en la Ermita del Santo terminadas que fuera la función, procesión y bendición de los sembrados, actos que tenían efecto en dicho día.

Con toda puntualidad concurrieron los labradores (…). Después de que cada cual tomó su porción de panecillos del Sto. para llevar a su familia respectiva, se acordó quienes habrían de ir al monte público para el corte de la rama, se designaron las caballerías y las carretas que la habían de transportar al lomo de la Concepción, quienes la habían de estancar, y finalmente las carretas y yuntas que entapizarían la carrera, con sus respectivas cuadrillas y capitanes directores.

Desde la madrugada de la noche del Domingo siguiente notábase gran algazara en el Tanque de abajo, barrio de San Juan, San Francisco, Cruz de la Yedra y calle Empedrada, porque en todas las casas de labranza reuníanse los jóvenes que de cada barrio habían de ir al monte, y todo era sacar carretas, yuntas y caballerías, aparejarlas y cargarlas con hachas y cuerdas, operaciones que practicaban vestidos con los trajes de faena más viejos y deteriorados porque el breñal del monte se los desgarraba. Rompieron la marcha dando rijijides, charlando, riendo y cantando a las muchachas que medio adormitadas salían al ventanuco a verlos pasar camino de los altos bosques adónde marchaban alegremente, pues si bien los esperaba un día de dura brega y de sudores, también tenían la esperanza de buenas y abundantes raciones de pan, queso y vino, y mucha sería la desgracia si no lograban echarle el guante a un carnero ú oveja machorra, que sacrificada, descuerada y dividida en trozos y caldeada a las llamas pendiente de una vara de acebuche, la trasportaban a la tripa entre trago y trago de tintillo.

Efectivamente, a cosa de las cinco de la tarde, al paso lento de los bueyes subían por el Lomo de la Concepción once carretas abarrotadas de rama altas y baja hasta los topes, acompañadas de varias caballerías, también cargadas de follaje, y de una numerosa escolta de jóvenes que con las ropas destrozadas y las cabezas calientes rejiiaban de una manera atronadora, y dando brincos y tumbos descargaban la rama haciendo una tonga monstruosa por la cual subían y bajaban dando volteretas toda la chiquillería de la Ciudad, que como por bando salían a recibir a las carretas y a aumentar la algaraza de sus conductores y acompañantes.

Al amanecer del día martes siguiente, dormido el vino y descansado los huesos estropeados, la misma pléyade de jóvenes del día anterior, en traje de faena pero no roto y desgarrado, con sus podones limpiaban las gajadas que habrían de adornar la carrera procesional, fijas en el piso de trecho en trecho y separadas como una vara de las paredes de las casas, formando con el desbroce un montón que las mujeres deshojarían en la tarde para formar la masa que se había de extender por el suelo.

Según limpiaban las gajadas, llevando la cuenta de su número iban cargando con ellas las carretas, y a cosa de la doce varios de los jóvenes, con dos o tres yuntas conducíanlas a dichas calles depositando una carretada en cada centro de las distintas cuadras.

La faena de la tarde revestía otra tonalidad de chistes y bromas, porque reunidas las jóvenes de los referidos barrios labradores, comandadas por mujeres de asiento y todo crédito, sentadas ante el montón de rama corta comenzaban el deshoje de la misma y su división en pequeñas porciones luego de separar los palos de las hojas. Pero como gente joven nunca anda en paz, entre el rancho de afeitadores de gajos y deshojadoras de rama rompíase un continuo titoteo de pullas y dicharachos que no sólo a ellos y a ellas hacía pasar gratamente la tarde, sino a más de un vejete aristócrata que a la sordina dejábase acercar cuando no más sea para recordar con desconsuelo sus tiempos mejores.

En esta faena estaban cuando al atardecer apareció señor Domingo Díaz entre los trabajadores, no sólo para proporcionarles el brindis prometido cuanto para dar órdenes y repartir la gente que a la siguiente mañana, en tantas cuadrillas cuantas eran las cuadras de las casas de las calles susodichas, habían de fijar la rama alta, retirándose luego que lo determinó y que dejó a Cureña y a otros varios hombres para la vigilancia de la rama que los chiquillos hurtaban si quedaba sin guardia.

Cuando aún no clareaba la aurora del día miércoles, ya el ruido metálico de las barras al rebotar sobre las piedras del pavimento despertaban al vecindario de las casa limítrofes, y a cosa de las diez de la mañana hallábase estacada la rama alta, pues entre las distintas cuadrillas establecíase emulación por acabar primero, entre la bulla y algazara por parte de las vencedoras y la bulla y rechifla hacia las vencidas.

Terminada esta parte de su cometido, los gremios retirábanse a descansar hasta la tarde en que se cargaban las carretas, no más que hasta la mitad de las estacas, del follaje menudo y las flores.

Al repique de las dos de la tarde, el Capellán de la Ermita de San Juan, que tenía los honores de serlo del poderoso Cabildo insular, de manteo y bonete y con la bandera del Sacramento, de damasco rojo, caballero en una mula muy bien enjaezada y precedido del Pregonero y clarines a pie y de los ministriles del Corregimiento montado si no en brosos corceles por lo menos en caballos paperos, recorrían la carrera procesional practicando la ceremonia de invitar al noble pueblo a las fiestas, para lo cual en las tres plazas de la Ciudad, callados los clarines, el Pregonero, luego de remondarse el pecho de las escorias de las heces del vino embutido, a voz en cuello gritaba:

«De orden y mandado de la M.N. y Leal Ciudad de San Cristóbal de La Laguna de Tenerife, y de su Cabildo, Justicia y Regimiento, se convida a éste noble vecindario de caballeros hombres buenos y escuderos, para la sacra solemnidad de Jesús Sacramentado»; después de cuya ceremonia regresaban a las Casas del Consistorio, donde los señores Regidores, quien de casaca con casaca al cuerpo, y quien de uniforme militar con él a cuestas, todos esperaban a los clarineros que con los maceros o reyes de armas les habían de acompañar a las solemnes Vísperas.

Interín el Clero, acompañado del Cabildo celebraba la función de Vísperas que comenzaba con la conducción procesional del Stmo. Sacramento desde el Sagrario del Comulgatorio, recorriendo las naves laterales del Templo, hasta el Trono del Altar Mayor donde lo dejaban expuesto, y terminada la Reserva, el bullicio crecía en las calles porque los gremios de panaderos y molineros las llenaban de los artefactos para la iluminación de la verbena de la noche, la que, como de las clásicas, a más de los farolillos que en las ventanas de tal cual linajuda lucían, y de las bujías de sebo que en las de otras de menos fuste colocaban por atrás de los vidrios de las partes altas, todo debido a la iniciativa particular, componíase por parte de estos dos gremios en la colocación de cada cuatro esquinas de un barril de los de harina libre del género pero llenos de maraballas rociadas de alquitrán, y en el tendido de ganignillos de barro cocido provistos de estopa y menos que mediado de este negro y pegajoso líquido, por el centro del piso de las calles y a tramos como de tres varas, cuyo depósitos se incendiaban a una al comienzo del repique que en todas las Iglesias el fin de los solemnes Maitines; focos luminosos que simulaban un enorme rosario en el cual los barriles hacían las veces de glorias o pater noster y los gánigos de ave Marías.

Pero más que en las calles, el bullicio y la fiesta notábase y subía de punto en el Lomo de la Concepción, donde el gran montón de hojas verdes lo terciaban como pila de mezcla o mortero con flores de retama amarilla, hojas de rosa, marañuelas y florecillas blancas de guaidiles y poleo, cuyo aroma y fragancia embalsamaba el ambiente por lo que las estrujaba el constante manipuleo.

A la postre y a la vista del señor Domingo y de los primates del gremio las once carretas fueron cargadas repartiéndose la mezcla de rama y flores por cuenta y media entre todas, dejándolas al cerrar la noche completamente dispuestas con sus sogas de traba para el tendido del follaje del día siguiente, disipándose la concurrencia cada cual a sus respectivas casas para la cena, a fin de estar libres a la hora de la iluminación.

La gran solemnidad

En el día del Corpus, al repicar el Alba una hora antes de aclarar el día ya la esquila de las Iglesias llamaba a los fieles a Misa, y como en este día se esperábanse muchas ocupaciones los templos llenáronse de gente deseosa de cumplir con el precepto para luego quedar libre de esta obligación.

Desde las siete, por uno y otro lado de la Ciudad grupos de curiosos y curiosas diríjanse al Lomo de la Concepción para ver subir a las carretas a las muchachas labradoras que habían de distribuir el follaje por el piso de la carrera, las cuales ataviadas con todo lo mejor de la caja de cedro donde guardaban las galas, aunque la mejor de estas fuera la frescura de los pocos años y en muchas de ellas la belleza de raza, todas acudían muy dispuestas desde los barrios extremos, acompañadas de sus padres y hermanos y la que tenía novio custodiada por él a honesta distancia, pues entraba en las leyes de la etiqueta de aquellos tiempos que entre novios, mientras el Cura no les pusiera el yugo, cuanto más se querían de más lejos se miraban, a no ser que la boda estuviera ya concertada, que entonces el novio ya tenía ciertos derechos, entre ellos el de servir a la novia, directamente y en público, acto que valía tanto como una escritura de esponsales; siendo el primer servicio que prestaba el prometido y futuro esposo, si el caso lo pedía el de ofrecer la mano derecha a su novia para que usara de ella como de estribo si tenía que montar a caballo o en carreta, y ¡guay del galán que en un lance de honor de esta especie no tuviera las fuerzas suficientes para sostener con garbo sobre su mano el peso de la que había de ser su mujer, porque si tal pasaba, el augurio era de lo más pésimo.

Para el desfile de las carretas destinaban las parejas de bueyes más hermosas y escogidas, a las que limpiaban a trapo hasta brillarles el pelo y enjaezaban con collares de luengos esquilones y lazos de cintas de vistosos colores en la cornamenta.

Los muchachos más grupos y bien plantados de la clase, ataviados con calzones de cordón y chalecos de colores sobre camina y braga de lienzo del país, al que la madre o la hermana, con paciencia de Job, había sacado los hilos para hacer las randas y los complicados bordados, completaban su indumentaria con el sombrero de pelo de conejo, de larga ala y copa cónica, un poquito ladeado, y con el zapato de codobán y botín de vivos y pespuntes que les cubrían los pies y piernas. Estos mozos, con la pulida vara de hijada en una mano y apoyados en el leito el otro brazo, frente a las yuntas esperaban tranquilos a que el Alcalde y los demás primates del Gremio darían la voz de marcha. Pero estos, por el pronto sólo se ocupaban de guiar a sus respectivas carretas las cuatro o cinco jóvenes que habían invitado para que subieran a ellas y desde lo alto esparcieran el follaje y flores, operación –la de la subida de las muchachas a las carretas- que era espiada por la gran concurrencia de gente, porque en ella no sólo se manifestaba el garbo de los mozos de uno y otro sexo, sino que se revelaban algunos novedades de nuevos futuros casamientos que servían de materia para comentarios de muchos días; pues al llegar las muchachas al pie de las traseras de las carretas, una a una iban subiendo a estas tirando mano a la soga de traba que sujetaba la rama y haciendo estribo en la mano que desde tierra le ofrecían, sentándose utana sobre el mullido ramaje después de arreglarse las sayas con toda honestidad. (.)

En este momento, ocho de la mañana, las campanas sonaron alegres en acordado repique. Y como el público allí reunido y las carretas y carreteros sólo esperaba a esta señal, lo mismo fue romper el repique que los mozos que ante las yuntas estaban, tirar de las hijadas y estas romper a paso lento la marcha, una tras otra, en medio de un atronador rejijide y escoltada cada carreta por un grupo de hombres de distintas edades, pero que todos ellos llevaba algún interés, o en el vehículo, o en la pareja de bueyes que lo arrastraban o en la carga viva que en lo alto del follaje conducía, pues en esta carga convergían el amor del padre, el cariño del hermano y del pariente y el amor exclusivista del novio que se recela hasta del aire que corre, por confiado que se demuestre. Era la última

carreta de la recua (…) en el desfile porque había de ejercer el honor de ser la primera en esparcir el follaje, y así fue que en cuanto luego de dar vuelta al pie de la torre se encontró frente a la Puerta Mayor de la Parroquia, (…) echóse atrás las puntas de la mantilla, y tomando porciones de la mezcla de rama y flores sobre que iban arrellenadas, comenzaron a extenderla desde lo alto del carretón por los costados y la parte trasera para que en el avance las pisadas de los bueyes y las ruedas no la estropearan, razón por la que también la poca gente que atrás de la carreta las seguía se recogió a las aceras al igual que la mayoría de la numerosa concurrencia que acompañaba presenciado esta operación.

Como la calle era ancha, por mucho que (…) hicieron por economizar la mezcla en el alfombrado, según la prevención que les había hecho, cuando llegaron frente a la casa del Mayorazgo de la Torre se encontraron sentadas en los tablones de la carreta.

Advertido esto por un fornido mocetón, gañán de los manchones por más señas, que con dicha misión marchaba junto a la carreta distribuidora del follaje, a impulso de sus hinchados carrillos dejó oír la ronca y atronadora voz de un bucio o caracola marino, a cuya señal pasaron las carretas para que la vacía (…) se adelantara y colocara a la cabeza de todas, y la que entonces resultaba la última en el orden del avance prosiguiera la operación interrumpida por aquella.

Repitiéndose con todas las demás carretas la misma señal de caracol, parada y traslado, y cerca ya de las nueve y media terminaron el recorrido de la carrera y regresaron al Lomo de la Concepción, y si bien con aquellas vacías, con más entusiasmo y ruidosos regijides.

La procesión

En tanto que en el amplio Templo de Ntra. Señora de la Concepción se celebraba con grave y pausada solemnidad por la clerecía de las dos Parroquias de la Ciudad y asistencia del Cabildo de la Isla y de numerosos fieles, la gran función religiosa del día, veíase cruzar las calles a los jóvenes milicianos uniformados con zapato bajo y media blanca de lino o lana, calzón a la rodilla y ajustada chupa con aldetes, todo de blanquillo iluminado, con gorra de tarjeta de paño negro, de cuyo pico delantero pendía la borlita de lana del color distintivo de sus respectivas compañías, los cuales se dirigían al cuartel situado en la calle del Agua junto al palacio de los Nava, donde los Jefes Oficiales, (.) los esperaban para la formación.

Por varios otros lados de la Ciudad abríase paso los distintos Gremios que con sus estandartes, sus alcaldes y sus oficiales se encaminaban hacia el Templo de la Concepción, no siendo de las corporaciones que hacían menos bulto por las calles la de los Frailes de San Francisco con su Orden Tercera de Penitencia, la de los Agustinos con sus hermandades de cinturados de Ntra. Señora de Gracia y del Nazareno, la de los Dominicos con la del Rosario, y la de los Recoletos del Monte de San Diego.

Pero a la chiquillería vocinglera atraíala los gigantes mascarones de «La Tarasca», «La Vicha» y «Los Papahuevos», que situados desde por la mañana frente a los graneros del Cabildo junto a la Ermita de San Miguel, donde se guardaban estos armatostes durante el año, esperaban a la «Danza de Machachines» para precederla.

En efecto, a las diez y media toda esta mojiganga subía por la calle de la Carrera antecedida de una turba de rapaces que gritaban como unos condenados, y al poco rato, al batir del cuerpo de tambores y a los acordes de los pífanos, con otra turba de chicuelos mayorcitos que con agudos silbidos y con pretensiones de ejército de las avanzadas seguían el paso delante de señor Toribio el Tambor Mayor, que con su bastón hacía mil molinetes, marchaban en la misma dirección las cinco compañías del Batallón de La Laguna, llevando al frente, a caballo a su joven Coronel don Cristóbal de Salazar, Conde del Valle del mismo apellido, quien acampó cuatro compañías en el Lomo, desde la casa del Conquistador hasta el término del frontis de la de los Balois, y la quinta y última, de veteranos desde la pie de la torre de la Iglesia hasta la casa de los Calderines.

Dadas las once (…), uno de los Escribanos Mayores del Cabildo, acompañado de un Alguacil y [del] Pregonero, salió a la puerta del Templo y colocóse en la pretilada de la torre, siguiendo luego los pasos Don Martín de la Coba, Notario de la Curia de la Vicaría, con Alguacil de corona Diego de Escala, quienes, no traspasaron el umbral del Templo para no perder la jurisdicción, funcionarios todos que habían de ordenar la procesión en lo Civil y Eclesiástico en sus fueros respectivos.

Sacando el Ginori un papel fuere diciendo al Pregonero el orden del llamamiento, y éste, con voz bronca y pausada empezó a gritar:

-¡¡«Los gigantones», «La Tarasca», «La Vicha» y «Los Papahuevos»!...

A cuya voz estos fenomenales muñecos comenzaron a desfilar abriendo calle en fuerza de gesticular con los brazos y de «La Tarasca» asustar a la chiquillería con la abertura de su descomunal boca y con los berridos que daban los dos tíos que por debajo de las grandes sayas le conducían.

Tras esto el Pregonero dio voz a la Danza y sus Machachines, quienes comenzaron a bailarla en torno del palo o lanza donde pendían las cintas y al compás que marcaba el tamborilero con los golpes en el parche y con el arpegio de la flauta.

Luego llamó al Gremio de laneros o sombrereros, que en número de unos ocho o diez, con su Alcalde Juan González y con su estandarte de San Severo, estaba allí todos provistos de capa de barragán.

Siguió a éste el de zapateros con su Patronos San Crispín y San Crispiano, en cuyo estandarte lucía la pata de cabra, la cuchilla y el brucete; luego de pedreros con San Roque, aunque este santo no conociera el oficio, lo cual no era óbice para que en el estandarte figurara la cuchara y el martillo de cabeza.

Después seguíanle el de los sastres con la imagen de San Andrés, que sólo por lo de cojo podía ser Patrono de gente que se gana la vida sentada, y en pos de éste el pulcro y aristocrático Gremio de carpinteros, que se preciaba de que a él pertenecía desde el escultor al aperador de arados, con su San José, Carpintero de Nazaret, que tuvo la fortuna de contar con el mejor de los aprendices conocidos; y por último, el hidalgo y ejecutoriado Gremio de labradores, con su Patrono San Benito Abad adornado con sendos ramos de doradas espigas; terminando aquí la misión del Escribano Ginori y su adlátere el Pregonero para dar lugar a la del Notario y Alguacil de la Iglesia.

Y así fue por qué Diego de escala, con voz atimplada comenzó a gritar: -Cofradía de Santa Rosalía…, de San Antonio de Padua…, de San Lázaro…, de San Juan Evangelista…, etc., etc., hasta que tocando el turno a las hermandades, llamolas también por su correspondiente orden, parándose un poco para anunciar con esforzada gravedad a las dos Sacramentales, pues tras ellas aparecieron las hermosas y artísticas andas de plata o gran custodia que traía al Santo de los Santos, a cuya vista sacerdotes, militares y legos, hombres y mujeres, chicos y grandes, todos a una doblaron las rodillas para adorarle, ofreciéndole el Clero sus himnos y loores y los militares rindiendo armas y banderas, sin que nadie se incorporara iterin no pasara la Soberana Majestad de Jesús Sacramentado triunfante sobre su refulgente trono, por debajo de cuyas cuelgas o caídas movíanse los peones cargadores y a vista de ocho sacerdotes, cuatro del Clero Secular y otros tantos del Regular, a los cuales había invitado el Cabildo de la Isla por medio del otro Escribano Mayor del Consejo, ofreciendo a cada uno una rica estola de brocado que para esta ceremonia guardaba la Corporación entre sus muchas y ricas alhajas.

Así como al trono antecedía el Hermano Mayor del Santísimo con el guión Sacramental, seguíalo a poca distancia el palio de respeto llevado por turnos por seis individuos de las distintas hermandades asistentes, interpolados unos con otros, quienes igualmente conducían por los costados del trono los seis grandes faroles de plata que completaban su decoro, prestándole guardia de honor, con los fusiles terciados, el

cuarpo de gastadores que lo cerraba por la parte de atrás del trono del atlético Cirio Valerio, su cabo, con sus lrgas patillas rubias y su marcial continente, envuelto todo este conjunto en la perfumada nube de humo que se desprendía de los seis incensarios que blandamente batían otros tantos sacerdotes que con estola al cuello lo llevaban delante del trono.

Tras el palio, los ministros oficiantes cerraban la larga fila del Clero Regular y del Secular que por afuera de las hermandades marchaban por el uno y otro lado del trono, a lo largo de la calle, y tras de aquellos el Dr. Delgado, Canónigo de Canaria y Vicario del Partido, acompañado por el Doctor Vizcaíno, Teniente de Vicario, y del Notario don Martín de la Coba, entidades que compartían el Tribunal Subalterno Eclesiástico, al que seguía el que en la Ciudad representaba al Santo Oficio, compuesto del P. Maestro Verde, del Orden de San Agustín, en calidad de Comisario, con los familiares (.).

Cerraban los Tribunales, el Cabildo de la Isla presidido por el Corregidor Quintín y Aznar y por el Alcalde Mayor Dr. Suazo (…)

En último término marchaba el Batallón de Milicianos, los jefes y oficiales con sus sombreros de pico y sus morriones colgados a la espalda, y los soldados la gorrilla de un botón en la pechera; tanto porque hasta aquella fecha estaba vigente el aforismo sanitario de que «sol de Corpus y agua de Viernes Santo no hacen daño», cuanto que aún no había llegado por las puertas del Ministerio de Guerra y Marina ningúan Weyler que se atreviera a dar a los militares título de compadres del Stmo. Sacramento y de los Reyes de España.

Por las aceras seguía diseminado el paisanaje del sexo fuerte, y en apiñada comparsa el de devotas del bello, que por sus vistosos trajes de variedad de colores formaba un gran jardín asaz movido y atrayente.

Con todo este aparato y este séquito, la procesión hizo su carrera entre el ruido de las campanas de los templos y los cañones disparados desde lo alto de la montaña de San Roque, percibiéndose en medio de esta desordenada música el acompasado y melodioso canto del Pange Lingua, entonado por las cuarenta o cincuenta voces de la Clerecía, alternando con el Tantum ergo que lo cantaban en las paradas o descansos de cada cuatro esquinas, acompañados con los armoniosos acordes de un pequeño órgano que a este fin transportaban a manera de silla gestatoria los dos sepultureros de las dos parroquias y situaban en los lugares correspondientes junto con la banquetilla que servía de asiente al organista y que era llevada por un chicuelo, vestidos aquellos escarbadores de fosas con sus ropones de bayeta grana y éste con lo que mejor Dios le diera.

Al estampido de un último cañonazo rebasaba la custodia el umbral de la Puerta Mayor de la Parroquia de la Concepción, y luego de que el Preste bendecía con el Augusto Sacramento a los fieles, desperdigábase el concurso cada cual por el camino que más corto se le hiciera.

Fragmento de: RODRÍGUEZ MOURE, J., El Ovillo o el Novelo,
Novela de costumbres canarias, Imprenta de M. Curbelo, La Laguna s/a, 262 pp.

Primitiva custodia de madera policromada y estofada, que se conserva en el Tesoro de la Parroquia Matriz de Nuestra Señora de la Concepción.

Vista general de la procesión del Corpus Christi de 1892 en la calle de La Carrera.

Un Corpus lagunero señalado

MELCHOR PADILLA
Profesor de Geografía e Historia

El día 29 de mayo de 1929 el periódico tinerfeño La Gaceta de Tenerife anunciaba en una gacetilla los actos programados para el día siguiente, festividad del Corpus Christi, en San Cristóbal de La Laguna. Entre estos, pues la fiesta tenía mucha más importancia en aquellos tiempos que ahora, se incluían no sólo actos religiosos sino también otros más profanos como una luchada en la que se enfrentaban un combinado de Gran Canaria, Lanzarote y Fuerteventura y otro de Tenerife, conciertos de música en la plaza de la Catedral y la calle de la Carrera e, incluso, un baile nocturno organizado por el Ateneo en el Teatro Leal. Pero el eje central de la celebración del día era la procesión.

Decía La Gaceta: “A las seis de la tarde saldrá procesionalmente de la Catedral el Santísimo Sacramento recorriendo las calles de Obispo Rey Redondo (la Carrera), Nava y Grimón (del Agua), San Agustín y Ascanio y Nieves, que estarán cubiertas por un tapiz de flores naturales, confeccionándose distintas alfombras que llamarán poderosamente la atención.” Como era tradicional estaba previsto que acudieran todas las autoridades gubernativas y que fuera como escolta una batería del Batallón de Artillería de Montaña cuyo cuartel estaba en la plaza del Cristo

Durante todo el día fue numerosa la afluencia de forasteros que recorrieron las calles de la ciudad de Aguere admirando las numerosas alfombras que, como sigue ocurriendo hoy, cubrían las calles por las que iba a pasar la procesión; pero entre ellos había uno que hizo que ese día del Corpus de 1929 quedara para siempre en nuestra memoria visual.

Nos referimos al fotógrafo Wilhelm Tobien. Poco sabemos de su biografía, únicamente que era alemán, que falleció en 1946 y que recorrió en los años 20 y 30 del pasado siglo muchos países de Europa -Austria, Suecia, Alemania, Bulgaria, Rumanía, Italia y las islas Azores, Madeira y Canarias- haciendo fotografías que iba publicando en distintos números de The National Geographic Magazine. De su paso por las islas tenemos constancia por las imágenes que tomó durante su estancia aquí en Tenerife, La Palma y Gran Canaria en el año 29 y sabemos por la prensa de la época que viajó desde Tenerife a Gran Canaria entre los días 10 y 12 de junio de ese año. De esos días son las imágenes tomadas por él en esa isla. Asimismo, viajó a La Palma, pero donde obtuvo el mayor número de fotografías fue en Tenerife. Contamos con abundantes imágenes de algunos rincones del valle de La Orotava y Puerto de la Cruz. En la Villa fotografió también imágenes de las alfombras de Corpus.

Es importante señalar que las fotografías de Tobien no son coloreadas a mano sino que están tomadas utilizando las placas autocromas o la autocromía, una de las primeras técnicas de fotografía en color que se conocen. Fue un procedimiento fotográfico en color patentado en el año 1903 por los hermanos Lumiére y comercializado en 1907 y resultó ser el único procedimiento en color disponible hasta el año 1935. Las que aquí vamos a comentar se publicaron en el número de mayo de 1930 de la citada revista.

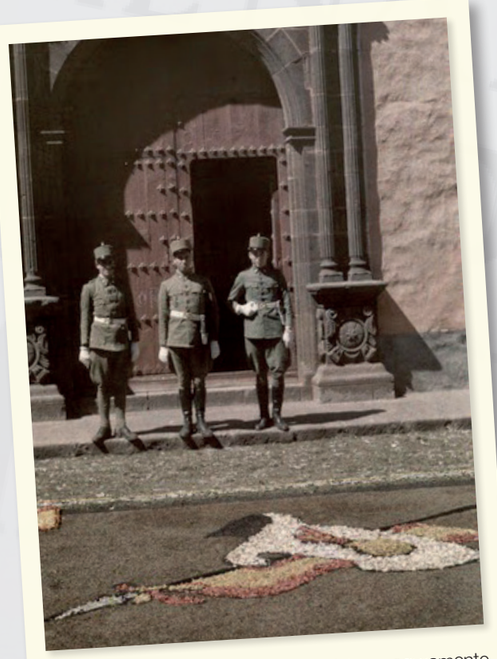
Estas son algunas de las imágenes que nos han quedado de aquel día.

En suma, un Corpus Christi lagunero igual a tantos otros que se han celebrado en la ciudad de La Laguna desde tiempo inmemorial pero que en esta ocasión permanece en nuestra memoria gracias a las imágenes que nos legó Wilhelm Tobien.

NOTA: Las imágenes que se incluyen han sido obtenidas de la red para ilustrar un artículo que, tiene un carácter cultural y educativo, y está escrito sin ánimo de lucro alguno. Que ha sido publicado para la web www.canarizame.com

Algunos de los Hermanos de la Escuelas Cristianas posan ante su alfombra acompañados de un grupo de niños justo enfrente del Colegio Nava-La Salle en la calle de la Carrera.

Un orgulloso artista se deja retratar ante su obra en la calle de San Agustín, ya cerca de la esquina con Viana. Como siempre en las fotografías de aquella época, un grupo de curiosos se une a la escena.



Tres soldados francos de servicio, seguramente artilleros del batallón del cuartel de la plaza del Cristo tan ligado a la historia de La Laguna, posan con sus uniformes de paseo ante la puerta de la iglesia del Hospital de Dolores.

Alfombras y pasillos de flores ante la iglesia del Hospital de Dolores en la calle de San Agustín. Algunos curiosos y paseantes, entre ellos unos marineros.

Vemos a un grupo de personas delante de la puerta de la Casa del Corregidor, cuya piedra aparece pintada de gris. En la acera unas regaderas para mojar las flores para mantenerlas frescas y darles más peso y que así no las arrastre el viento. Al fondo, la plaza del Adelantado y un coche que enfila la calle del Agua.

En esta ocasión en blanco y negro, aparece un grupo de jóvenes laguneras elaborando una alfombra en la esquina de la calle de la Carrera con Ascanio y Nieves. Arriba a la izquierda los jardines de la plaza de la Concepción.

El Corpus Christi lagunero

EL DÍA - DOMINGO 5 DE JUNIO DE 2005

ENRIQUE GONZÁLEZ GONZÁLEZ
Médico y escritor

NO ES POR NOSTALGIA, quizá sea por una fuerza irresistible que, naciendo de lo más profundo de la conciencia, obliga a comparar lo de ahora con lo de antes. Lo cierto es que, sin ningún motivo especial, cada vez que ocurre un acontecimiento de hoy intento compararlo con los iguales de ayer.

Y por celebrarse la festividad del Corpus, uno recuerda lo que fue y lo que es el Corpus de La laguna […] Varios días antes en las casas de los alfombristas, prácticamente todas las familias que vivían en las calles del recorrido procesional, se trabajaba mucho. Se reunían familiares y amigos preparando los materiales, las comidas y bebidas que el artístico trabajo requería. Se deshojaban flores, se preparaban moldes de madera, se reclutaban regadores, se armaban tablones para frenar los vientos.

[…] Los colegios lo tenían fácil, los alumnos no solo deshojaban las flores, sino que ellos mismos las recolectaban.

Las calles se cubrían totalmente de brezo recién cortado, que impregnaba la ciudad de un olor inconfundible. Los materiales para las alfombras eran flores y brezo fino, ya fuera de verde natural o tostado. La retama, amarilla o blanca, era un recurso obligado. De la retama solo se aprovechaba sus pequeñas hojas, donde se posaban murmurantes abejorros. Luego aparecieron los diminutos frutos y las cáscaras de huevos desmenuzadas. El serrín teñido fue muy posterior. Las marmolinas coloreadas son recientes. Las arenas volcánicas eran de exclusivo uso en La Orotava.

Existía una gran competencia entre las familias por conseguir la mejor y más natural alfombra. Causaban admiración los gruesos tapices de flores acuminadas y apretadas, que hacían ayudándose de moldes de madera en los tramos rectos y metal en los curvos. Los Ascanio, Monteverde y los Ramos eran los que hacían las mejores alfombras. El Orfeón, el Casino y el Colegio de Nava también se esmeraban. Un concurso anual premiaba a las mejores alfombras.

El día del Corpus era el final de la estación fría y el comienzo de la cálida. La gente que podía estrenaba traje. Todo el mundo se vestía con lo mejor que tenía […], que no eran de marca ni clonados como los de los actuales grandes almacenes; dentro de la sencillez y las limitaciones económicas, se buscaba una originalidad, un sello personal. Se podía adivinar la mano de las distintas costureras de La Laguna.

Para los estudiantes, al menos para los que aprobaban el curso, era un gran día. Era el comienzo de unas amplias vacaciones. Era el premio a varios meses de dedicación al estudio […]

Hemos traspasado el tiempo, ahora el Corpus se celebra en domingo, que no en jueves, sin banda de música, con más serrín y marmolina que flores, sin las familias de gran vocación alfombrista, con el sacrificio de unos pocos, con la Catedral cerrada y sin obras; la Concepción medio abierta y con obras; sin apenas brezo.

Don Enrique González González. Médico y escritor
nacido en La Laguna en 1927 y fallecido en 2011.

Una visión contemporanea

DEL CORPUS CHRISTI EN CANARIAS

JAVIER ELOY CAMPOS TORRES
Profesor y artista

Mientras miraba fotos viejas y organizaba este pequeño artículo, me fui dando cuenta que en el fondo, la idea que se presenta siempre ha estado animada por la figura del Conco, Gonzalo Díaz, a quien personalmente debo la trayectoria en las artes plásticas que yo haya podido tener.

Desde su casona familiar de la Plaza de la Concepción, Gonzalo había vivido las madrugadas laguneras de vísperas del Corpus. Tiempos en los que la celebración era unánime en la sociedad. Aquellas noches en vela de los 70, todavía reunían a laguneros y universitarios, venidos de todas las islas. Unos esparcían flores o marmolina y otros deambulaban por el recorrido procesional.

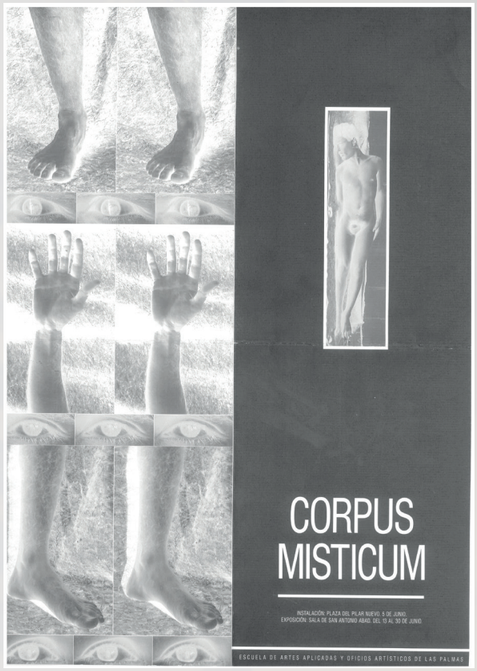
En aquella misma casa él llevaría a cabo una idea que iba a dar un vuelco a la gestión del arte en Canarias. La convirtió en algo novedoso en el archipiélago, una galería de arte y la sede de una colección sin la cual no se comprende la evolución de la plástica canaria.

Como una paradoja pero también como un símbolo de la proyección que tuvo La Conca, la primera y quizá más interesante de las obras plásticas efímeras relacionadas con el Corpus Christi organizada por Sala Conca, tuvo lugar en Las Palmas.

En un pasado no muy lejano, la celebración del Corpus en los alrededores de la Catedral de Santa Ana, de Las Palmas de Gran Canaria, había constituido un momento álgido para la ciudad. La teatral procesión entre el templo catedralicio y el ayuntamiento neoclásico se grabó durante generaciones en la retina de los grancanarios. Parte de su pregnancia se debió al pasillo gigantesco sobre el que discurría, que había sido diseñado durante décadas por el pintor Jesús Arencibia. Concebido como un tapiz cromático, en muchas ocasiones muy geometrizado, sus diseños esquemáticos conseguían una imagen potente, que fue reproducida innumerables veces en imágenes turísticas de Vegueta.

En 1981 La Conca había cumplido una década de exposiciones, encuentros, happenings, publicaciones que, desde La Laguna, habían puesto en ebullición la plástica isleña. Desde el consistorio de Las Palmas, presidido por Fernando Doreste, se le encomendó dotar de un lenguaje contemporáneo a las Fiestas de la Ciudad. No citaremos, por lo extenso, la cantidad de eventos: exposiciones, conferencias, audiovisuales realizado en aquel mes de Junio del 81, que marcó un antes y un después en el arte en Canarias. Pero sin duda, entre todos los eventos, el que más proyección tuvo fue la realización de la alfombra de Corpus Christi.

Durante semanas se creó una gran expectación ante un proyecto expositivo de Juan Hernández y García Álvarez, denominado Proceso, ejecución y destrucción de una obra de arte, que debía concluir con la instalación de una alfombra dotada de elementos corpóreos, en la Plaza de Santa Ana. El montaje incluía la colocación de sendos cables de acero que se sujetaban tanto a la catedral como al ayuntamiento. La idea era que al mismo tiempo que discurría la procesión entre los montículos y ondulaciones de la alfombra, se fuera desenrollando un palio gigantesco de papel, que iría cubriendo el paso de la custodia. Hubo una intensa fase previa, de proyectación y confección del palio de papel, en la que colaboraron antiguos compañeros de Juan Hernández.



Pocas horas antes del evento, que tantas expectativas había creado entre los artistas y en la ciudad, los técnicos municipales desaconsejaron la instalación de los cables de acero. Se había desatado un vendaval que hacía peligrar la estabilidad de las fachadas históricas donde debían anclarse dichos cables.

La rabia y el desconsuelo se extendieron entre el grupo que había trabajado con la ilusión, tensión y nervios propios de un proyecto de esta envergadura. En compensación se decidió trasladar

el gran palio de papel a las Dunas de Maspalomas. En aquella inmensidad de arena, un grupo de colaboradores en paños menores correrían desplegándolo y moviéndolo. De toda la acción solamente debería quedar un reportaje fotográfico, ya que la parte material tangible del proyecto sería destruida, como exigía el concepto inicial. Lamentablemente, horas más tarde, el robo del equipo fotográfico del coche de Sala Conca hizo desaparecer para siembre el testimonio gráfico de aquel montaje. Gonzalo arrastró durante años la rabia y la impotencia de aquella pérdida. Todo esto lo narra magistralmente Maisa Navarro, en el extenso trabajo de recopilación sobre los fondos de Sala Conca, que se hizo en 1994.

En Junio de 1985, gracias a la gestión de Sala Conca, expuse una obra de marcada inspiración religiosa, en la Ermita de San Miguel, de la Plaza del Adelantado. Con ese motivo, Gonzalo Díaz propuso al Ayuntamiento de La Laguna la realización de una gran alfombra en la Plaza de la Concepción, en la confluencia entre las calles Ascanio y Nieves y La Carrera. La alfombra fue realizada con tierras recogidas en los alrededores de la ciudad. En el Toyota de la Conca visitamos vertederos y barrancos buscando matices. La alfombra era una representación figurativa de un grupo humano, con personajes de distintas edades. En una zona por donde no discurriría la procesión se levantaron tres postes de 6 metros, que debían sostener tres enormes lienzos dorados con imágenes alusivas a la Trinidad. Recuerdo la angustia del Conco, cuando vio que empezaba a moverse la punta de la araucaria de la Plaza de la Concepción. Un augurio de viento que le recordó el desconsuelo del proyecto del Corpus de Las Palmas. Afortunadamente todo quedó en una brisa y se pudieron levantar los mástiles con los telones pintados. Los preparativos previos y la emocionante noche de Corpus, fue para mí una experiencia personal muy intensa. Un gran esfuerzo realizando la alfombra para pernoctar luego en aquella casa plagada de esculturas, maniquíes y sombras.

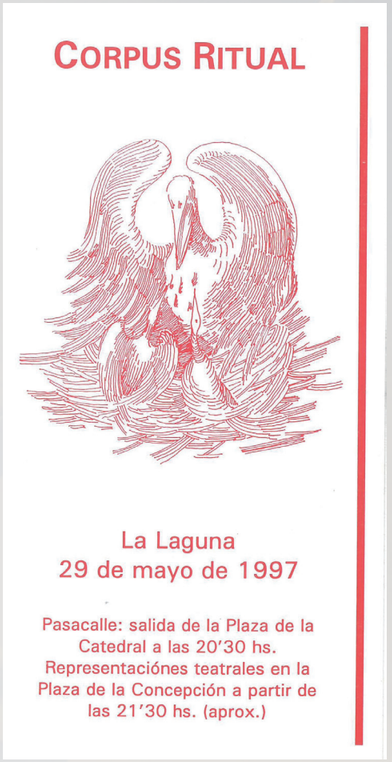
En 1993 un grupo de artistas plásticos, Sergio Brito, Sema Castro, Fernand Larraz, Carlos Schwartz y yo mismo elaboramos una propuesta de instalación para el Corpus, denominada Anástasis, que expusimos al Ayuntamiento de La Laguna. En el horizonte se acercaba la fecha del quinto centenario del Corpus lagunero. Por motivos de trabajo y la dispersión del grupo, la propuesta no llegó a realizarse, pero los bocetos e ideas del proyecto todavía hoy resultan interesantes y estéticos.

En ese mismo año 1993 y el siguiente desde la Escuela de Arte de Las Palmas se propusieron al ayuntamiento sendos montajes relacionados con el Corpus. Ambos se desarrollaron en la fachada trasera de la Catedral de Santa Ana, obra del lagunero Diego Nicolás Eduardo, en la Plaza del Pilar Nuevo. El primero denominado La esfera que despide fuego, estaba inspirado en un elemento que se repite en las ventanas laterales de la catedral y que puede ser considerado un símbolo gnóstico de la energía y de la globalidad. Ello dio pie a elucubrar sobre los elementos y la materia, lo que se materializó en una exposición en la Ermita de San Antonio Abad y en el propio montaje de la noche de Corpus.

En el siguiente año, 1994, se trabajó con el concepto del Cuerpo Místico de Cristo, desarrollado por San Pablo en su Carta a los Corintios, con un montaje denominado Corpus Misticum. Asesorados por el joven teólogo Gabriel Valverde, se analizaron las relaciones entre el cuerpo, el soma, el hombre total y la religión. Se construyeron varios elementos arquitectónicos efímeros, edificios y una cúpula, cuyos ladrillos eran partes del cuerpo humano, ojos, piernas, manos. A pesar de su aspecto contemporáneo, ambos proyectos fueron muy bien aceptado por el clero catedralicio, hermandades y en general la ciudadanía.

En 1995, un año antes de la celebración del quinto centenario del Corpus de La Laguna, desde la Escuela de Arte Fernando Estévez se, se propuso al ayuntamiento la realización de un gran montaje que ocuparía la plaza de la Concepción, cerca del trayecto procesional, pero sin alterarlo. Se pretendía hacer una revisión de la Divina Comedia, de Dante, interpretándola mediante módulos escultóricos. El montaje, denominado El Alma Cautiva, estaba configurado por varios elementos escultóricos. Al principio del recorrido se situó una jaula que contenía una esfera dorada. Una serie de cuencos decrecientes representaban los sucesivos pisos del Purgatorio, al final de los cuales aparecía una estructura escalonada, como símbolo del ascenso del alma y su liberación final.

Dos años más tarde, en 1997, el Ayuntamiento de La Laguna impulsó una serie de actos que terminaron por denominarse Corpus Ritual. En la noche del Jueves del Corpus se organizó un desfile o pasacalle, en el que se integraron los antiguos elementos rituales de Corpus lagunero histórico: danzas, tarasca o gremios. Este desfile ha tenido continuidad en el tiempo, constituyendo un acto paralelo al Corpus lagunero, que lo enriquece y lo dota de recuerdos históricos. En este proceso, sin duda ha sido muy importante la figura de su inicial coordinador, Benito Cabrera, quien ha puesto esfuerzo e ilusión en este proyecto a través de muchos años.

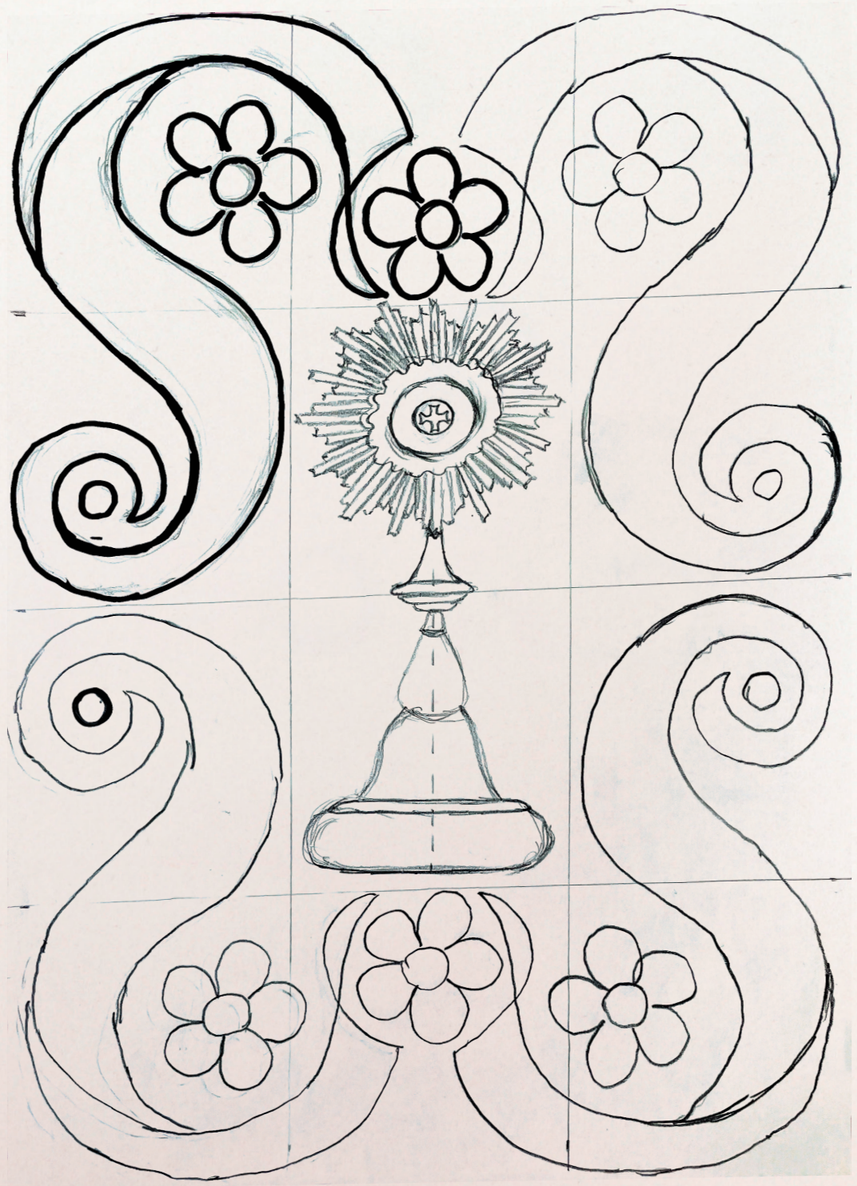


En aquel primer año y al finalizar el desfile en la Torre de la Concepción, el grupo Catarsis Teatro representó tres historias: El Perro, El Laberinto y El Pelícano, que se sustentaban en bellos textos de Arturo Maccanti y Federico Delgado.

El Corpus de La Laguna fue en el pasado una fiesta que aglutinaba a gran parte de la población insular. Su origen, como fiesta barroca, propiciaba que estuviera adornado con danzas, gremios o carros alegóricos con representaciones de la historia de la redención, que finalizaba en la custodia con la sagrada forma. Las alfombras de flores y luego de marmolina han sido la última incorporación a esta ceremonia ciudadana.

No puedo asegurar que un lenguaje contemporáneo sea apropiado para la actualización de la fiesta o para su relanzamiento. A lo largo de las últimas décadas la celebración del Corpus, su riqueza formal estética y sus contenidos conceptuales, ha suscitado varias iniciativas en ese sentido, que hemos querido recordar con este artículo.

Todo comienza con una idea, lápiz y papel...



Haz aqui tu boceto:

¿Quieres saber más?

“El Corpus Christi en La Laguna a través de la historia”
Manuel Hernández González
2005, Ediciones Idea

“El Corpus de San Agustín y los Martes de Flores”
Carlos Rodríguez Morales
2001, Programa del Corpus Christi de La Laguna

“El Corpus de las Danzas y Carretones”
Domingo García Barbuzano
1997, Programa del Corpus Christi de La Laguna

“El Corpus Christi en Canarias”
Manuel Hernández González
2013, A.C. BienMeSabe.org

Edita:

Junta de Hermandades y Cofradías
de San Cristóbal de La Laguna

Colabora:

Concejalía de Patrimonio Histórico
del Excelentísimo Ayuntamiento
de San Cristóbal de La Laguna

© de los textos:

Sus autores

© de las imágenes:

Guillermo Pozuelo

Rigoberto Rodríguez

Wilhelm Tobien

Real Sociedad Económica
de Amigos del País de Tenerife

Diseño y maquetación:

Domingo Ferrera

Impresión:

La Esperanza Impresores S.L.

Junta de Hermandades y Cofradías
SAN CRISTÓBAL DE LA LAGUNA

EXCMO. AYUNTAMIENTO DE
SAN CRISTÓBAL DE LA LAGUNA
CONCEJALÍA DE PATRIMONIO HISTÓRICO